

Emilia Pardo Bazán y el mar*

José Manuel González Herrán

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

A pesar de su nacimiento en una ciudad tan marinera como A Coruña -que en sus libros bautizó como *Marineda*, nombre tan eufónico como significativo-, no es el mar un elemento demasiado presente en la literatura de Emilia Pardo Bazán, aunque, como aquí espero mostrar, tampoco falte en ella; bien es verdad que eso era algo obligado según los presupuestos de la corriente literaria que cultivó, la ficción realista: el mar no podía estar ausente del mundo recreado en aquellas páginas, como no lo estaba de aquel en que la escritora vivía.

En efecto, como bien saben los que han frecuentado su obra narrativa, tenía razón Emilio González López (1944) al referirse a Pardo Bazán como “novelista de Galicia”; de sus veinte novelas extensas, ocho transcurren en el país natal (*Pascual López, La Tribuna, El Cisne de Vilamorta, Los Pazos de Ulloa, La Madre Naturaleza, La piedra angular, Doña Milagros, Memorias de un solterón*) y al menos otras cinco (*Una cristiana, La prueba, El tesoro de Gastón, La Quimera, La sirena negra*) desarrollan una parte -mayor o menor- de su trama argumental en Galicia. En cambio, de sus diez y nueve novelas cortas, sólo algunas pueden calificarse como gallegas en escenarios o asuntos; y otro tanto sucede respecto a los cuentos, si bien el elevado número de estos (no menos de seiscientos, según los cálculos más recientes [cfr. González Herrán 2006]) no me permite establecer ahora su proporción; en todo caso, tal vez no sea exagerado calcular en menos de la cuarta parte de ese total, los relatos breves de ambientación gallega.

Pues bien, si he comenzado planteando la cuestión del componente galaico en la ficción pardobazaniana ha sido para señalar algo tan sorprendente como es el escaso papel del mar en esas historias; sorprendente, sobre todo, si consideramos la extraordinaria importancia y constante presencia -entonces y ahora- del elemento marino en la compleja realidad (paisajística, antropológica, folklórica, cultural, económica...) de Galicia. Pero más

* Texto de una conferencia en el Seminario Artes y Letras del Mar de Galicia, en la I Edición del Foro del Mar, organizado por la Fundación Cánovas del Castillo en el Pazo de Mariñán (A Coruña), el 1 de octubre de 2002.

sorprendente aún si recordamos que nuestra autora nació a pocos metros del mar, en la coruñesa calle que aún hoy se llama “Riego de Agua”¹ (un ejemplo más de esas feas -y erróneas- castellanizaciones lingüísticas que perduran en la toponimia del país); que pasó su infancia y adolescencia a orillas de la bahía coruñesa, con veraneos en villa tan marinera como Sanxenxo; que, cuando -ya mujer adulta- regresaba a Galicia desde su habitual residencia madrileña, buscaba el próximo rumor de las olas, tanto en la Granja de Meirás como en la casa de la Rúa de Tabernas: “Las dos ventanas del estudio miran a la bahía -escribe en su artículo “Marineda” (1888)-, limitada por una barrera de montañas: y en invierno, mis ojos tropiezan siempre con el agua plomiza o verdosa, que se encabrita sacudiendo furiosamente las embarcaciones menudas, reflejando la desolación del celaje negruzco, y exhalando un cántico ronco y triste, cuyas últimas ondulaciones hacen retemblar los cristales y a veces el aposento” (Pardo Bazán 1984: 268).

Con todo, como ya he advertido, no falta el mar en los libros de la Condesa: a considerar, comentar y explicar esa presencia voy a dedicar estas páginas, en las que sólo pretendo *releer* algunos textos de doña Emilia, no todos tan conocidos o recordados como merecen; y acaso de esa lectura comentada y explicada podamos deducir algunas conclusiones de interés.

Por razones obvias, habré de ceñirme a sólo una de las parcelas -sin duda, la más importante y valiosa- de las muchas que nuestra autora cultivó: la ficción narrativa, es decir, las novelas y los cuentos. Como es bien sabido, la ilustre coruñesa también escribió teatro, poesía, ensayo, literatura de viajes, periodismo, historia, crítica literaria...; y en tales escritos pueden encontrarse algunas alusiones o referencias al mar, pero tan ocasionales como escasamente relevantes. Así, entre los versos adolescentes del *Álbum de poesías* rescatado por Maurice Hemingway (Pardo Bazán 1996)², los poemas titulados “En la Torre de Hércules” (fechado en 1865) y “Barcarola” (de 1867); o la “Descripción de las Rías Bajas”, accésit en un certamen poético compostelano en julio de 1875, y que se publicó ese mismo año en varios periódicos gallegos; “El

¹ “El escritor y académico Joaquín Freyre de Andrade contaba que en cierta ocasión, yendo con la Pardo Bazán y otras personas, al salir de de la plaza de María Pita y enfilar la calle del Riego del Agua [*sic*], Emilia se detuvo en media calle, más bien del lado de las casas que dan a la Marina y a la altura de la que aún lleva el número 3, que hace esquina a la calle de la Fama, golpeó el pavimento de grandes losas de piedra con el regatón de su sombrilla y dijo con énfasis: «Aquí nací yo»”. (C. Martínez Barbeito (1977): “Emilia Pardo Bazán, coruñesa”, *Revista*, 7, p. 33; citado por Faus 2003: 69).

² Los poemas a que aludo se recogen en las pp, 41, 37, 102-105, 142-143, 145-146, 147-148, respectivamente.

pescador. (Julio)”, en *Diario de Lugo* en 1880; “Playa del Cantábrico” y “La bahía”, ambos en *La Ilustración Gallega y Asturiana* en 1881, entre otros; la escasa calidad (aunque desde otra perspectiva puedan tener cierto interés) de esos textos nos exime de su comentario aquí. De modo que para nuestro propósito interesarán más las referencias marinas contenidas en sus textos narrativos, cuyos personajes, sucesos, descripciones nos permitirán conocer su concepto y visión no sólo del mar, sino -principalmente- de las gentes que a él dedican su vida y trabajos

El fragmento más temprano corresponde a *Aficiones peligrosas*, “novela de la señorita Emilia Pardo Bazán” (así constaba en su encabezamiento) que empezó a publicar el diario pontevedrés *El Progreso* en el verano de 1866 (es decir, cuando su autora no había cumplido todavía los quince años) y que acaso no llegó a terminar; el texto que quiero recordar son unas pocas líneas -visión paisajística bastante tópica- en las que resuenan de modo muy evidente las románticas lecturas de aquella precoz literata:

Para los aficionados a perspectivas melancólicas y grandiosas, existen en las cercanías de Ferrol sitios en los cuales el mar rugiente se estrella en rocas cortadas a pico y de altura fabulosa; montes inmensos de escuetas laderas salpicados de siniestros pinos y arcos tajados en la roca viva por debajo de los cuales pasa el mar como un gigante vencido y humillado (Pardo Bazán 1866).

Además de ese mar familiar y próximo -el de las rías y costas gallegas-, la joven Emilia también pudo conocer (no sólo a través de los libros, sino por propia experiencia) el *mar maior*, en su segundo gran viaje al extranjero; hoy sabemos que el primero la había llevado, en los primeros meses de 1873, por tierras de Francia, Suiza, Italia y Austria, periplo del que dejó interesante testimonio en un manuscrito, aún inédito, que yo mismo he estudiado (González Herrán 1999) y espero publicar pronto. Pues bien, también entre los papeles de su archivo hemos encontrado esta breve nota manuscrita³:

Alrededor de la civilización

De Orense a Zamora - De Zamora a Burgos - De Burgos a Bayona - De Bayona a Biarritz - De Biarritz a Bayona - De Bayona a Burdeos - De Burdeos a París - De París a Ginebra - De Ginebra a Turín - De Turín a Milán - De Milán a Verona - De Verona a Venecia - De Venecia a Trieste - De Trieste a Viena - De Viena a Verona - de Verona a & -

³ En González Herrán 2000: 44 di primera noticia y transcripción de ese documento, ahora catalogado con la referencia 02.40.6.1.1.1.254/26.0 en Axeitos Valiño y Cosme Abollo 2004: 110.

De Santiago a Tuy - De Tuy a Lisboa - De Lisboa al Havre - Del Havre a Calais
- De Calais a Douvres - De Douvres a Londres - De Londres a & & &

Como ya he apuntado en otra ocasión (González Herrán 2000: 44), parece que esa nota fuese el guión de un proyectado libro, cuyo ambicioso título *-Alrededor de la civilización-* reuniría los testimonios y recuerdos de sus dos primeras salidas al extranjero: si el primer párrafo reconstruye con exactitud el itinerario del antes mencionado viaje de 1873, el segundo parece aludir a otro -que sería su primera experiencia de alta navegación - por los mares de Inglaterra, Portugal y Francia. Pues bien, de esas primeras impresiones del mar -la más próxima de la costa nativa, la más lejana del viaje trasatlántico- hay eco en los textos que aquí comentaré; aunque, como es lógico, sean más las muestras *costeras* que las de *altura*.

A esta última modalidad pertenece el más temprano relato marineramente de Emilia Pardo Bazán que podemos citar, el titulado “Fuego a bordo”, incluido en su primera colección de cuentos, *La Dama joven* (1885). Mediante un recurso narrativo muy frecuente en la autora, se recoge aquí la historia contada por un testigo privilegiado (el cocinero del buque *San Gregorio*) de un suceso dramático (el pavoroso incendio de dicho barco en plena travesía por el Atlántico). El uso de tal procedimiento resulta especialmente acertado en este caso, pues el deseado efecto de verosimilitud se consigue mejor poniendo la narración en labios de un experimentado conocedor de la vida marinera. De hecho, en “Fuego a bordo”, más que el suceso y su desarrollo -con la previsible sarta de anécdotas emotivas y heroicas-, importa la muy eficaz manera de contarlo que tiene su relator: tal como pondera el último párrafo del cuento, “tiene el cocinero del *San Gregorio* buena sombra y arte para narrar con viveza y colorido. Durante la narración, vi acudir varias veces las lágrimas a sus ojos azules...” (Pardo Bazán 2004: 153). Sirvan como muestra de tal arte narrativo estos párrafos, correspondientes al momento culminante del episodio:

Una marejada frenética; el barco no se sostenía; ola por aquí, ola por acullá; montes de agua y de espuma que nos cubrían; ya no era balancearse; era despeñarse, caer en un precipicio; parecía que la tormenta gozaba en movernos y abanicarnos para avivar el incendio. Soplaban un viento iracundo; llovía sin cesar; y la noche, tan negra, tan negra, que sobre cubierta no nos veíamos las caras.

(...)

Pronto empezaron a alumbrarnos las llamas, que salían por la proa no ya a intervalos, sino continuamente, igual que si desde adentro les soplasen con fuelles de fragua. Lo tremendo de la marejada hizo que no se pensase en esquivar; meterse en ellos se reducía a adelantar la muerte.

(...)

Oíamos el roncar del incendio, que parecía el resoplido de un animalazo feroz, y a cada instante esperábamos ver salir las llamas por el centro del buque y hundirse la cubierta. Nos arrimábamos cuanto podíamos a la parte de popa, pues además el calor del suelo se hacia insoportable, y del piso de hierro cubierto con planchas de madera salían, por los agujeros del los tornillos, llamitas cortas, igual que si a un tiempo se inflamasen varias docenas de fósforos, sembrados aquí y acullá. Ya ni el frío ni la oscuridad eran de temer; ¡qué disparate!, buena oscuridad nos dé Dios: la popa algunas veces estaba tan clara como un salón de baile; iluminación completa; daba gusto ver el horizonte cerrado por unas olas inmensas, verdes y negruzcas, que se venían encima, y sobre las cuales volaba una orillita de espuma más blanca que la nieve. (Pardo Bazán OC, VII: 143-145).

La experiencia de la navegación de altura aparece también en episodios ocasionales de otras narraciones de nuestra autora. Por lo que se refiere a las novelas, podemos citar el cañoneo y hundimiento de una goleta en alta mar, que se cuenta en el capítulo titulado así, “La goleta”, de la novela *Misterio* (1902): peripecia que -como la propia novela- no es otra cosa que un ejercicio de *pastiche* o deliberada imitación (que sabemos obedeció a una apuesta con un editor⁴) de un determinado género, la novela de *folletín* (cfr. González Herrán 2004); ello resulta muy evidente por ejemplo en estos fragmentos, claramente deudores de los relatos de aventuras y piratas:

Empezaba a subir al zenit aquel sol puro y claro, anuncio de un hermoso día, cuando el *Poliphème*, que desplegado todo el trapo y aprovechando el viento favorable navegaba con rapidez asombrosa cortando graciosamente las olas, divisó la goleta, todavía a bastante distancia.

(...)

Hallábanse ya no muy lejos de la goleta y podían ver bien su forma elegante y esbelta, sus dos mástiles inclinados y el pabellón inglés que ondeaba en su proa. Hasta distinguían sobre cubierta a la tripulación, que parecía hormiguar confusamente.

(...)

Soliviác dio una orden, y cinco minutos después, los cuatro cañoncitos del *Poliphème*, a un tiempo, con precisión que revelaba el hábito, enviaban su carga al costado de la goleta.

⁴ Explicando en una de sus crónicas de “La vida contemporánea”, en *La Ilustración Artística* de Barcelona (4-10-1915, n° 1762, p. 656), cómo y por qué había escrito esta novela, confesaba la autora: “Yo escribía otro género de novelas, muy distinto, y el haber faltado a mis hábitos se debió a una especie de apuesta o porfía con un editor que me supuso incapaz de producir algo que compitiese con las narraciones de Alejandro Dumas”.

(...)

La segunda andanada del *Poliphème* fue a tronzar el mástil de mesana de la goleta, que al caer sobre la popa cogió debajo a dos marineros. Pero el humo ascendía, y desde aquel momento no fue posible ver lo que pasaba; era evidente que la goleta, al detener su marcha, había obedecido a la alarma del incendio.

(...)

Amelia, sobre cubierta (...), fijaba sus hermosos ojos azules en el barco que ardía, en el humo por entre el cual principiaban a verse de vez en cuando reflejos rojos, llamaradas que indicaban el incremento del incendio, contra el cual luchaban, sin duda en vano, los tripulantes. El viento nordeste, cada vez más vivo y fresco, avivaba las llamas, y dos o tres veces barrió el humo y permitió que se vieses los costados de la goleta, en uno de los cuales habían abierto las balas de los cañones del *Poliphème* un formidable boquete.

(...)

Por tercera vez los cañones del brik, apuntados a la goleta, le enviaron su carga con la misma seguridad con que tiraría el cazador al ciervo herido. Érale imposible a la fina y velera embarcación huir del enemigo mejor alojado en sus entrañas, el incendio, la paralizaba. Con sus dos cañoncitos, pero sobre todo desplegando velas, hubiera podido intentar defenderse y salvarse la goleta; pero un barco ardiendo está perdido. Una de las balas del *Poliphème* dio en el casco, casi al nivel del agua, y el mar penetró rugiendo por la abertura.

(...)

De pronto lanzó un chillido agudo; acaba de sentir temblar todo el barco como si fuese a hundirse en el abismo, y un estrépito horrible, un trueno compuesto de truenos la había aturdido, ensordeciendo sus oídos y llenando de involuntario pavor su espíritu animoso. El niño, a fuerza de miedo, no lloraba... Era que en la goleta el fuego se había comunicado al pañol de la pólvora, y la embarcación, ya invadida por el agua, acababa de saltar por los aires.

A la detonación siguió un silencio supremo, inmenso, que todo lo envolvió, semejante a un sudario; sobre el mar flotaban trozos de madera, mástiles rotos, cuerpos mutilados que se desangraban o ardían; era lo único que restaba del lindo y rápido velero (OC, IV: 623-627).

A esa misma modalidad -el relato de piratas- pertenece también el cuento titulado “Episodio”, publicado en *El Imparcial* en 1917 y recogido en el libro póstumo *Cuentos de la tierra* (1922). Bien es verdad que en este relato lo de menos es el escenario marino, sino el heroico comportamiento de la protagonista, una joven cristiana raptada por uno de aquellos corsarios. También de navegantes, aunque no en alta mar, son los cuentos “De polisón”, publicado en *Blanco y Negro* en 1896, recogido en la colección *Un destripador de antaño* (1900) y “El vino del mar”, que tras aparecer en *El Imparcial* en 1900 se incluyó en el libro *En tranvía* (1901). El escenario del primero es un buque de pasaje, “un vapor francés en el que se hacinaban los

emigrantes, dispuestos a abandonar la región gallega” (OC, IX: 143), en el que pretende viajar de polizón (o, como el texto dice, “de polisón”) un muchacho escondido en desvencijada arca, entre el equipaje de su anciano abuelo: descubierto cuando va a comenzar la travesía, la piedad de los viajeros reunirá en colecta el precio de su pasaje, muy reducido por la compasión del capitán. Aunque el asunto central del cuento sea una reflexión dolorida sobre la cruel emigración, el mar no es sólo escenario de la historia sino elemento esencial de sus emociones, como se manifiesta en el párrafo final:

Había anochecido, y la concha de la bahía ostentaba un esplendente collar de luces, en el centro del cual destellaba como enorme rubí el rojo farol del Espolón. Del vapor salían las notas frescas del *zortzico* donostiarra; los gallegos, viendo desaparecer entre las sombras las amadas costas de su tierra, no tenían valor ni para entonar uno de sus cantos prolongados y melancólicos. (OC, IX: 146)

El título del otro cuento, “El vino del mar”, alude a la carga que transporta -mal acomodada en cubierta, por terca orden del patrón- un balandro que viaja desde la bahía de Marineda hasta el próximo puertecillo de Dumia; en plena travesía aparece la temida tempestad repentina, y con ella se revela lo arriesgado de aquella deficiente *estibadura*:

Enormes olas, empujándose y persiguiéndose como leonas enemigas, jugaban ya con el balandro llevándolo al abismo o subiéndolo a la cresta espantosa. De cabeza se precipitaba la embarcación, para ascender oblicuamente al punto.

(...)

Sin más ceremonias empujaron una de las barricas para lanzarla por encima de la borda...

Los que intentaron la faena sólo tuvieron tiempo de retroceder a saltos. La barrica andaba; la barrica se les venía encima, ella sola. Y las demás, como rebaño de monstruos panzudos, la seguían. Corrían, rodaban, locas de vértigo, a hacinarse sobre la banda de babor, y el balandro, hocicando, con la proa recta a la sima, daba espantoso salto (...), y soltando en las olas toda su carga, barricas y hombres, flotaba quilla arriba, como una cáscara de nuez. (OC, IX: 243-244).

Cuando, a la mañana siguiente, las barricas del naufragio aparecen varadas en una playa próxima, la insensata alegría de las gentes -“pescadores, aldeanos, carreteros, carabineros, sardineras, mujerucas, chiquillería”- que acuden a la recolecta, sólo es interrumpida por los alaridos de “una vejezuela, que había perdido a su mozo, su hijo, de veinte años, en un lance de mar”, y cuyas advertencias nadie atenderá: “¡No bebedes, no bebedes! Ese vino sabe a la sangre de los hombres y al amarguío de la mar”. (OC, IX: 244).

Según quedó dicho, la más frecuente y próxima experiencia marinera de doña Emilia es la derivada de su vecindad coruñesa, y en tal ámbito cabe suponer la fuente de algunas de esas historias de navegantes -“Fuego a bordo”, “De polisón”, “El vino del mar”-, que tienen en común un cierto aire proverbial, como de sucesos referidos entre las gentes marineras y luego comentados en las tertulias burguesas. Y coruñeses son también buena parte de los escenarios marineros de sus relatos: aparte de alusiones dispersas en sus novelas ambientadas en “Marineda” (*La Tribuna*, *Una cristiana - La prueba*, *Doña Milagros*, *Memorias de un solterón*), y de las historias de pescadores a que enseguida me referiré, hay un escenario -muy representativo- de la costa marinedina que ocupa un lugar notable en alguna de sus ficciones: la Torre de Hércules y los impresionantes acantilados de su entorno. Un escenario al que había dedicado algunos párrafos en uno de los artículos de la serie “Galicia y sus capitales (Fisonomías cívicas) I. La Coruña”, publicado en el citado *El Heraldo Gallego*, en 1878-1879; páginas hoy olvidadas, pues nunca las rescató, aunque las reutilizase para su artículo “Marineda”, recogido en *De mi tierra* (1888):

a medida que avanzamos hacia la Torre, ascendiendo por la cuesta que guía al promontorio en que el severo guía descansa, van faltando habitaciones humanas y nos quedamos solos, solos con las tapias del Camposanto, con las montañas que sombrías se alzan en el horizonte, con el faro que ya nos flecha con su mirada de fuego, con el océano que muge y asalta la ribera rompiéndose en las rocas y escupiendo su argentada espuma al cielo nebuloso. A los silbidos del viento desencadenado, al perenne bramido de las olas, suele unirse en pavoroso acorde el eco del cañoneo en que se ejercita la batería de salvas: eco que trae a la mente la imagen de batallas navales, de buques en peligro, armonizándose bien con la aterradora música de la resaca y del vendaval (Pardo Bazán 1984: 280-281)

Pues bien, hay un aspecto de ese escenario que tiene especial interés en ciertos relatos “marinedinos”, como lugar elegido por los suicidas; sospecho -no he tenido ocasión de verificarlo, aunque no sería difícil- que doña Emilia pudo tener noticia de casos realmente ocurridos en tal sitio, y tales sucesos la habrían impresionado lo suficiente como para llevarlos a sus escritos; más aún, el hecho de que los dos textos que recogen tal motivo sean de redacción y publicación muy próxima me hace suponer que podríamos encontrar tal noticia en periódicos coruñeses de 1890 o 1891, pues en esos años se publican los dos relatos a que aludo: la novela *La piedra angular* (1891) y el cuento “Las tapias del Campo Santo”, aparecido en *La España Moderna* en 1890, para recogerse luego en *Cuentos de Marineda* (1892).

Así relatan las páginas finales de la novela la impresionante escena en la

que el verdugo de Marineda se sumerge voluntariamente en las aguas de la ensenada que la novela llama “de las Ánimas”:

Antes de que Rojo sentase el pie en el arenal, le paró, helándole la sangre en las venas, el mugir lúgubre y pavoroso de dos hinchadas y cóncavas olas, que al reventar le salpicaron de espuma... Y no era día de tormenta, ni acaso fuese aquella la marea más viva del equinoccio; pero debe de tener la ensenada de las Ánimas tan especial hechura, que el Océano, al derramarse allí, se encuentra preso, herido subyugado, y rebrama, y salta en remolino arrollador, y quiere escalar el cielo...

Juan Rojo se sintió a la vez espantado y ensordecido. El oleaje, con su misteriosa blancura cerca y su inmensidad incolora allá lejos, le aplanó el alma (...) Las olas no interrumpieron su clamoreo ronco de ardiente jauría que persigue a la res. El padre de Telmo se volvió de espaldas al mar, y no viéndolo, recobró ánimos; dejó sobre una peña capa y sombrero; sacó un pañuelo del bolsillo; contempló un minuto, intensamente, la luz del Faro; luego dobló el pañuelo y se vendó los ojos apretando mucho, de manera que también tapase los oídos, para no escuchar la voz del abismo, que le haría retroceder... Y así, ciego y sordo, anduvo con los brazos extendidos hacia delante, hasta que de pronto se sintió envuelto, cogido, arrastrado, y el agua, al inundar sus pulmones, sofocó el grito supremo. (OC, III: 569).

La diferencia más notable entre esta secuencia de la novela y la correspondiente del citado cuento -también en sus párrafos finales- es que en éste el suicidio no llega a consumarse: su protagonista, una muchacha llamada Clara, abandonada por su seductor, también ha decidido arrojar al mar en los mismos acantilados en que lo hace Juan Rojo, pero cuando camina hacia allí, al pasar junto a “las tapias del campo santo” es testigo involuntaria de una escena que le hará desistir de su propósito suicida:

Eran dos amantes, no cabía duda; así estarían ella y su ídolo, si lo hubiese permitido la triste suerte... ¡Dos amantes, dos futuros esposos! ¿Qué otra cosa habían de ser, cuando así se acariciaban y estrechaban y fundían? No obstante, a los dos o tres minutos de espectáculo, Clara sintió una especie de náusea moral, algo parecido a la sensación de la primer chupada de cigarro para un chiquillo. Y esta náusea se convirtió en horror al salir la luna recogiendo su velo de nubes, y distinguir claramente, en la enlazada pareja, las figuras y rostros de Don Atilano Bujía y la hermosa zapatera vecina de Clara, rubia como unas candelas, y mujer de un marido joven y buen mozo.

Clara miraba al grupo, sin hacer un movimiento, cortada hasta la respiración por el asco... Su misma repugnancia le impedía huir, librarse del espectáculo grotesco y odioso. También el asco fascina, prende los ojos, prende la imaginación, y fuerza la atención, quizá con más energía que el gusto... Clara no quería ver, y miraba; no quería oír, y oía distinta y sutilmente; no quería atender, y en su alma de virgen se rasgaba un velo blanco.

.....
Hacía diez minutos que se había alejado la pareja, dando, sin duda, vuelta a

las tapias por el lado opuesto, y aún Clara no tenía ánimos para arrancarse de allí... Sentía un hielo, una anestesia interior, la congelación de su novelesco ideal. Una voz mofadora repetía a su oído: “Ahí tienes tú lo que es el amor, chiquilla...”

Una ráfaga de aire muy vivo, marino, delicioso, la despertó. Exhalando un suspiro, volvió pies atrás, se ciñó el velo y tomó a buen paso el camino de la ciudad, impulsada por el temor de que su padre y su hermana estarían locos echándola de menos (OC, VII: 369-370).

Aludí antes a las historias de pescadores escritas por doña Emilia; en efecto, esta actividad tan marinera, que sin duda tuvo ocasión de conocer muy de cerca desde sus años infantiles, aparece más de una vez en sus relatos, no sólo como alusión más o menos ocasional sino como tema y eje central de los asuntos. Como muestra del diferente tratamiento literario que la figura del pescador (o, para ser más preciso, la pescadora) recibe de nuestra autora, voy a fijarme en dos cuentos: “La Camarona”, publicado en *Blanco y Negro* en 1896 y recogido en *Un destripador de antaño* (1900); y “El pañuelo”, publicado en la revista *Pluma y Lápiz* en 1901, recogido primero en *Lecciones de literatura* (1906) y también en *Cuentos de la tierra* (1922).

El primero de ellos es, más que relato propiamente dicho, un *apunte costumbrista* dedicado al *tipo* que le da título, apodo que indica bien a las claras su oficio marinerio; el entronque de este texto con la tradición del género de costumbres resulta evidente en el párrafo inicial, cuajado de los tópicos más sobados -y algo rancios ya, a la altura de 1896- de aquella literatura⁵:

Blandos marinistas de salón, que sobresalís en los «cuatro toques» figurando una lancha con las velas desplegadas, o un vuelo de gaviotas de blanco de zinc sobre un firmamento de cobalto; y vosotros, platónicos aficionados al *sport* náutico, los que pretendéis coger truchas a bragas enjutas..., no contempléis el borrón que voy a trazar, porque de antemano os anuncio que huele a marea viva y a yodo, como las recias *cintas* y los gruesos *marmilos* de la costa cantábrica. (OC, IX: 85)

Tras esa presentación, el texto esboza la mínima biografía de la mariscadora, desde su nacimiento en la playa hasta su matrimonio con un pescador; una biografía que, de acuerdo con la mentalidad costumbrista, ofrece una visión del oficio más pintoresquista (y romántica) que realista (o naturalista):

⁵ En mi opinión, aún está por estudiar con el detenimiento que merece el costumbrismo pardobazaniano (cfr. González Herrán 2002).

Los juguetes de la niña fueron *navajas*, almejas y *berberechos*, desenterrados en el arenal cuando se retiraba la marea; su biberón para el destete, la amarga *salsa*; su mayor recreo, que la permitiesen agazaparse en el fondo de la lancha cuando salía a la pesca del *múgil* o a levantar los *palangres* que sujetan al congrio (...) a los siete años vendía *pajes* de camarones, mientras su madre despachaba pesca de más valor (...) A los quince años, la Camarona no quería salir de la lancha, donde ayudaba a su padre y hermanos en la ruda faena. (OC, IX: 85-86)

Resulta curioso advertir -aunque su detenida explicación nos alejaría de nuestro propósito de hoy- cómo esa biografía se continúa en dos relatos posteriores (ambos de 1906) en los que reaparece el *tipo*, convertido ya en *personaje*: en el titulado “Leliña”, publicado en *El Imparcial* en 1903 y recogido en *El fondo del alma* (1907), interviene ocasionalmente en el diálogo “una pescadora de Areal, la *Camarona*, madre de ocho rapaces” (OC, X: 20-21); en “La guija”, que tras su aparición en *Pluma y Lápiz* en 1903, se recogió en *Lecciones de literatura* (1906), la protagonista de la trágica historia es una “madre, robusta sardinera llamada la *Camarona*”, que clama desesperada por su hijo, acaso raptado por unos húngaros errantes (OC, IX: 675-677).

Pero volvamos a aquella muchacha, cuando aún era toda una belleza marinera (que, como peredista que soy, me recuerda a *Sotileza*⁶): el párrafo que la describe parece hecho para acompañar un grabado en aquellos álbumes de *tipos del país*:

Hay que advertir que la Camarona era entonces un soberbio pedazo de chica. Imaginadla ¡oh pintores! con su cesta de sardinas en equilibrio sobre la cabeza; su saya corta de bayeta verde, que en las caderas forma un rollo; sus ágiles y rectas piernas desnudas; su gran boca bermeja, como una herida en un coral; sus dientes blancos y lisos a manera de guijas que las olas rodaron; sus negros ojos pestañudos, francos, luminosos; su tez de ágata bruñida por el sol y la brisa de los mares. La salud y la fuerza rebrillaban en sus facciones y se delataban a cada movimiento de su duro cuerpo virginal (OC, IX: 87).

En fuerte contraste con esta imagen desdramatizada del oficio marinero, “El pañuelo” cuenta una historia muy diferente, la de Cipriana, huérfana a los doce años a causa de un naufragio, que completa con ocasionales marisqueos su salario como muchacha de servir. Su sueño secreto, para el que acumula los pobres ahorros de sus oficios, es comprar un pañuelo de colores que adorne

⁶ Cfr. una interesante comparación entre el tratamiento de las mujeres marineras por parte de ambos autores en Gutiérrez Sebastián 2005.

su linda cabeza; “sólo que, para mercar un pañuelo así, -advierde el narrador- se necesita juntar mucha perrilla” (OC, IX: 690): dos reales, que no son fáciles de conseguir con su pobre cosecha de cangrejos, mejillones, lapas, *nurichas*, almejones...; “si a lo menos fuesen unos percebitos bien gordos y *recochos*, ahora que se acercaba la Cuaresma y los señores de Marineda pedían marisco a todo tronar” (OC, IX: 690).

Es fácil suponer, para quien conozca al arriesgado oficio de *percebeiro*, la trágica conclusión del relato:

Aquel escollo rara vez y por tiempo muy breve se veía descubierto. Los enormes percebes que se arracimaban en sus negros flancos, disfrutaban de gran seguridad. En las mareas más bajas, sin embargo, se podía llegar hasta él. Cipriana se armó de resolución; espió el momento; se arremangó la saya en un rollo a la cintura, y provista de cuchillo y de un *paje* o cesto ligeramente convexo, echóse a patullar. ¿Qué podría ser? ¿Que subiese la marea de prisa? Ella correría más... y se pondría en salvo en la playa.

Y descalza, trepando por las desigualdades del escollo, empezó, ayudándose con el cuchillo, a desprender piñas de percebes. ¡Qué hermosura! Eran como dedos rollizos. Se ensangrentaba Cipriana las manitas, pero no hacía caso. El *paje* se colmaba de piñas negras, rematadas por centenares de lívidas uñas...

Entre tanto subía la marea. Cuando venía la ola, casi no quedaba descubierto más que el pico del escollo. Cipriana sentía en las piernas el frío glacial del agua. Pero seguía desprendiendo percebes: era preciso llenar el cesto a tope, ganarse los dos reales y el pañuelo de colorines. Una ola furiosa la tumbó, echándola de cara contra la peña. Se incorporó medio risueña, medio asustada... ¡Caramba, qué marea tan fuerte! Otra ola azotadora la volcó de costado, y la tercera, la ola grande, una montaña líquida, la sorbió, la arrastró como a una paja, sin defensa, entre un grito supremo... Hasta tres días después no salió a la playa el cuerpo de la huérfana. (OC, IX: 690-691)

De otras formas de la actividad pesquera hay muestras en diversas páginas de la autora, que me limitaré a transcribir sin detenerme en el comentario que merecerían. El primer texto que citaré presenta una imagen de aquel oficio más próxima al pintoresquismo costumbrista que al verdadero realismo o naturalismo; son las páginas que en el capítulo XVI de *La sirena negra* (1908), recrean una jornada de pesca; mas no como trabajo para quienes viven de ella, sino como distracción o grato deporte cultivado por burgueses urbanos en su veraneo:

Vamos, pues, en familia, sin mercenarios de lujo. Desatraca el bote. Sardiñete, el marinero, rema despacio, de un modo insensible; su hijo, un rapazuelo de unos quince años, coge la caña del timón. Nosotros echamos la *liña* y esperamos que el pez pique. Trini ayuda y aconseja a Rafaelín: le enseña a tener la cuerda quieta y dejarla flotar según el derive, casi imperceptible, del bote (...) Al sentir el primer

tirón, el chico pega un grito de alegría nerviosa, tan penetrante, que el pez se asusta e intenta huir, y no lo consigue, porque ya está enganchado. A la luz del sol poniente vemos encorvarse y palpar su cuerpo de plata, y, arrancándolo del anzuelo, se lo entregamos a Rafaelín. La criatura coge el pececillo; pero, al notar su agonía, la gota de sangre que mancha sus agallas, quédase un momento pensativo, y después rompe a llorar (...)

Se recogen los avíos de pesca. ¡Rafael es el que manda! Mi alma flota, se disuelve en la placidez infinita de la hora moribunda. Hace bochorno; no corre un soplo de viento. El sol, allá en la línea del horizonte, desciende abrasado al fondo del agua oscura. Cae la noche, y apenas desaparece el astro, surge claridad, no de la luna, que no se deja ver, ni de las estrellas, altas y diamantinas, sino de la misma sábana del agua, que se enciende en hervor nupcial, como inmensa luciérnaga. Resplandores glaucos parecen venir del fondo de las olas, permitiendo ver las miríadas de peces que cruzan sus profundidades y que son como remolinos de prolongadas hojas de estaño, arrastrados por una corriente de esmeralda pálida, derretida. El remo abre surcos de lumbré fosforescente y al subir derrama cascadillas de gotas luminosas. El pálido incendio nos alumbraba con reflejos fantásticos de linterna chinesca. (OC, V: 523-524)

La segunda muestra que he elegido pertenece a uno de sus últimos textos narrativos, la novela corta *La serpe*, publicada en *Blanco y Negro* en 1920 (ahora en Pardo Bazán 2002: 857-907): dos fragmentos que recrean con viveza y dramatismo los momentos más duros y arriesgados del oficio pesquero:

El tío Salnés esperaba con sus marineros. La mar era un lago; no corría ni un soplo de aire. Empezaron a remar con pujanza, pues distaba largo trecho el cabo, al cual en derechura quería ir el señor de Aponte. El agua parecía, según el sol iba ascendiendo en el cielo, de plomo derretido. No se avanzaba. Los marineros sudaban, acezando con fatiga (...)

Atropelladamente izaron la vela, y como si el viento sólo esperase tal resolución para dar su siniestro brinco, una racha violenta medio hizo zozobrar la embarcación. Resistieron y corrieron como locos delante del huracán, impulsados por él, que hacía crujir violentamente la tablazón vieja de la lancha. Las olas se alzaban ingentes, reventando en montes de espuma, y los salseros inundaban a los atrevidos navegantes, que seguían rumbo al cabo (...)

Entoldado el cielo por gruesas nubes negras, y cegados por el agua y los espumarajos que rompían contra la barca, los marineros no sabían adónde iban (...)

La barca, rápidamente, se hundía. Don Gonzalo sintió frío, mucho frío, y un gusto salado en la boca. Luego le pareció que le asían de los cabellos, que llevaba en melena, a la moda de entonces. Una ola enorme le arrastró. Ya nadie le agarraba; bajaba a pico al abismo (OC, VI: 867).

(...)

Desde que saltó en la barca, dispuso Gonzaliño que hiciesen rumbo al cabo aprovechando el viento favorable que se alzaba y estremecía la vela.

Como así y todo la embarcación marchaba despacio, empuñaron los remos y avanzaron deslizándose como se deslizaría una gaviota, cortando el agua con sedoso ruido. No tardó en salir a un mar más agitado, de más cuidado que el antes recorrido. Las olas se encabritaban sin que pudiera decirse que había tormenta. Empezaba a dibujarse el perfil sombrío del cabo, avanzando mar adentro, rodeado de rompientes formidables. Subía la espuma más alta que los escollos, y se deshacía luego en líquidas sábanas para volver a encreparse furiosa.

(...)

Un choque violento sacudió la embarcación. Fue como si la hubiesen dado a traición una puñalada. Por sus entrañas rotas el agua entraba a torrentes. No hubo ni tiempo para defenderse contra la invasión del oleaje. Entre el rugir del agua fue barrida la tripulación de la barca, lanzada en diversas direcciones. (OC, VI: 895-896).

Si se me permite (entre paréntesis) otra observación de *peredista*, en ambas escenas -la pesca deportiva de *La sirena negra*, la aventura épica y heroica de los marineros de *La serpe*- encuentro ecos de diferentes páginas de *Sotileza* (1885): respectivamente, la plácida excursión dominical que en el capítulo XVI lleva de pesca al burgués Andrés con sus amigos *callealteros* y la galerna que hace zozobrar a los pescadores en el capítulo XXVIII (Pereda 1996: 245-257 y 375-391).

Para concluir voy a referirme a tres cuentos de diferentes fechas, que coinciden en su motivo temático, una impresionante -o terrible- costumbre marinera: “Jesús en la tierra”, publicado en *La Ilustración Artística* en 1896 y recogido en *Cuentos de Navidad y Reyes* (1902); “Tiempo de ánimas”, publicado en *El Imparcial* en diciembre de 1898 y recogido en *Cuentos sacro-profanos* (1899); y “La ganadera”, publicado en *La Ilustración Española y Americana* en 1908 y recogido en *Cuentos de la tierra* (1922). Para explicar en qué consiste esa costumbre, veamos cómo se explica en el primero de los tres relatos, cuyo asunto glosa la conocida leyenda de la decepción de Cristo, cuando regresa a una Tierra dominada por el mal; la galería de situaciones terribles que muestran ese triunfo de la maldad se cierra precisamente con esta:

Un cambio repentino en la atmósfera presagiaba temporal: nubarrones densos y oscuros como plomo corrían por el cielo; ráfagas de cierzo glacial azotaban los árboles y se oía el mugir pavoroso del mar rompiéndose contra los escollos. Jesús se encontró en una aldea de pescadores, mísero grupo de chozas, colgado a guisa de nido de gaviota en una escotadura de la costa salvaje. A pesar de la hora, bastante avanzada para gente que suele economizar luz, nadie duerme en la aldea: ábrense de golpe las puertas de las cabañas, y hombres y mujeres, provistos de faroles encendidos y de largas pértigas, de bicheros, de cestos y de sacos, se dirigen en tropel hacia la playa, despreciando el viento que les azota el rostro y la lluvia que empieza a caer sacudida por las rachas furiosas del huracán. Imponente aspecto el del Océano: olas gigantescas, con cresta de espuma, se encrepan descubriendo abismos, y el sulfuroso zig-zag de un relámpago alumbra en el fondo

de la sima a una embarcación que corre sin rumbo. Los ribereños alzan las luces, las hacen brillar, y el barco, que en ellas cree distinguir la salvación, el puerto amigo, maniobra hacia la costa, y, precipitándose, va a chocar contra el bajío, donde se clava despedazado. Los náufragos, que a la luz de otro relámpago habían podido verse sobre el puente, en actitud de terror y desesperación, se arrojan al agua, asidos a tablas, cogidos a cuerdas, montados sobre barriles; y luchando con las monstruosas olas que los sacuden y los zapatean contra el peñascal, nadan desesperadamente para alcanzar la playa, en que brillan y corren las luces, en que ven agitarse seres humanos. Y entonces se verifica algo espantoso: los que en la playa esperan a los náufragos, al verlos llegar moribundos, con las pértigas, con los bicheros, con remos, con palos, con cuchillos, los rechazan hacia el agua otra vez; pero antes los despojan de la cintura de cuero en que salvaban oro y papeles, de la cartera que se ataron bajo el sobaco al comprender el peligro, de la ropa, de cuanto poseen; y por si las olas tardasen en hacer su oficio, aturden a los infelices de un golpe en la cabeza, y así los arrojan al piélagos, inertes ya. Y danzando de júbilo, o gruñendo como canes por el reparto del botín, esperan la madrugada al pie de los escollos, para recoger los despojos del buque que el mar escupirá bien pronto, aprovechándose de la feliz albana, y celebrar después con grosero y copioso banquete el día de la Navidad del Señor... (OC, IX: 459-460)

Nada se dice en el cuento respecto al país en que es usual tan espantoso proceder. El comienzo de “Tiempo de ánimas”, relato publicado dos años más tarde, no es mucho más preciso en cuanto al escenario (aunque sí respecto a lo verídico del asunto, por increíble que pueda parecer): “No cuento ni conseja, sino historia. La costa de L*** es temible para los navegantes” (OC, VIII: 782); pero la localización en la costa gallega de tal suceso se insinúa cuando el narrador se refiere a “los bajos que llamaremos de Corveira” (OC, VIII: 783). Bien es verdad, por otra parte, que hay algunas diferencias fundamentales respecto al episodio de “Jesús en la tierra”: lo que en ese cuento era pecado colectivo aquí lo es de un solo individuo -Simón Monje, alias *Tío Gaviota*-, quien “no era bien visto en la aldea” a causa de su “equivoca profesión de pescador de despojos”. Tampoco su proceder es tan cruel como el de aquellos: no consta que intervenga para atraer a los náufragos hasta la costa (aunque hay alguna alusión inquietante “así que la mar se atufaba por lo serio en las largas noches del mes de Difuntos, solía verse vagar por los escollos una lucecica: el farol de *Gaviota*, que pescaba”; OC, VIII: 781). Pero en el fondo de su conciencia guarda un “horrendo pecado que no se resolvía a confesar” (OC, VIII: 782): en cierta ocasión “sus dedos (...) se ciñeron al pescuezo de un hombre vivo aún para acabar de asfixiarle y quitarle a mansalva el cinto pletórico de monedas” (OC, VIII: 783). La historia tiene un final feliz, ya que, tras una experiencia casi sobrenatural -cuando está rebuscando en los bolsillos de un náufrago ya cadáver, es abofeteado por este-, Simón enferma, se confiesa y muere con “ejemplar arrepentimiento” (OC, VIII: 784).

Menos dichoso es el final de la tercera versión -la más conseguida- de este motivo, en el relato “La ganadera”: su recopilación en el volumen póstumo *Cuentos de la tierra* -la cual es Galicia- se explica por la inequívoca adscripción gallega de la historia, según el nombre y situación del pueblo en que ocurre: “ha de saberse que Penalouca está colgado, a manera de nidal de gaviota, sobre unos arrecifes bravíos que el Cantábrico arrulla unas veces y otras parece quererse tragar” (OC, X: 735). El protagonista es el párroco del lugar, quien infructuosamente pretende desterrar de entre sus feligreses una horrible costumbre: precisamente la misma de aquellos aldeanos pescadores que horrorizaron a “Jesús en la tierra”; la similitud entre ambos cuentos resulta evidente si comparamos el fragmento antes citado con este:

Cada noche, cuando mugía el viento, lanzaba la resaca su honda y fúnebre queja y las olas desatadas batían los escollos, rompiendo en ellos su franja colérica de espuma, los aldeanos de Penalouca salían de sus casas provistos de faroles, cestones, bicheros y pértigas. ¡Aquellos farolillos! El abad los comparaba a los encendidos ojos de los lobos que rondan buscando presa. Aquellos faroles eran el cebo que había de atraer a la costa fatal a los navegantes extraviados por el temporal o la cerrazón, a pique de naufragio o náufragos ya, cuando tal vez no les quedaba otra esperanza que el esquife, con el cual intentaban ganar la costa. Llamados por las sirenas de la muerte a la playa fatal, apenas llegaban a tierra, caía sobre ellos la muchedumbre aullante, el enjambre de negros demonios, armados de estacas, piedras, azadas y hoces... Esto se conocía por «ir a la ganadera». Y el cura, en sus noches de insomnio y agitación de la conciencia, veía la escena horrible: los míseros náufragos, asaltados por la turba, heridos, asesinados, saqueados, vueltos a arrojar, desnudos, al mar rugiente, mientras los lobos se retiran a repartir su botín en sus cubiles... (OC, X: 736)

El fracaso del buen párroco resulta terrible para él mismo: “cierta espantosa noche de noviembre”, sus intentos por evitar el horrendo rito de *la ganadera*, con la palabra y con la acción (“alzó el Crucifijo y se lanzó entre las fieras. -¡Atrás! ¡Aquí está Dios!”), no sólo resultarán fallidos sino que terminarán por convertirle a él mismo en una víctima más de la furia popular: “Pocos días después salió a la orilla, con los de los náufragos, el cuerpo del párroco, que presentaba varias heridas. También él había ido a la *ganadera*” (OC, X: 738).

Quede para otra ocasión -o para quien se anime a hacerlo⁷- el rastreo de las posibles fuentes (en la leyenda o en la realidad) de este asunto; que, sin duda, interesó mucho a la autora, hasta el punto de glosarlo en tres relatos

⁷ Desde aquí se lo brindo a mi apreciado colega y amigo, el Profesor Fernando Alonso Romero, buen conocedor de estas cuestiones, y a quien agradezco su información al respecto.

diferentes. Baste señalar tan sólo que, según diversos testimonios (cfr. los que aduce Alonso Romero 2005: 46-58), esa horrible práctica no era insólita entre algunas gentes de la Galicia marinera, como tampoco lo era en otros lugares de la Europa atlántica (Cornualles, Irlanda, Normandía, Bretaña...): “Su modo de actuar era exactamente el mismo en toda la costa atlántica europea. Se dice que durante los temporales ataban un candil a la cabeza de una vaca o de un caballo y lo hacían caminar por la arena de la playa para que la luz del candil oscilara con los pasos vacilantes del animal. Con este procedimiento engañaban a los navegantes que confundían el resplandor del candil con la luz de la posición de una nave. Los confiados pilotos enfilaban sus embarcaciones hacia esa luz, creyendo encontrar en esa dirección un paso seguro para entrar en el puerto. Así, muchas embarcaciones acababan chocando contra los bajos fondos. Después, en la oscuridad de la noche, los raqueros saqueaban los despojos de los naufragios, muchas veces sin mostrar compasión alguna por los pobres supervivientes” (Alonso Romero 2005: 46).

No parece necesario insistir en la semejanza entre este relato y el que hace Pardo Bazán en los tres cuentos aquí comentados. Que, por otra parte, obedecen a la actitud de crítica social que tiñe muchos de sus artículos y crónicas periodísticas de esos años finales del XIX e iniciales del XX. Siendo indudable la preocupación de doña Emilia por su país natal, y sus constantes esfuerzos por liberar a Galicia de los tópicos injustos que sobre ella circulaban, no quiso ocultar esta penosa realidad, tan ofensiva -aunque fuese un comportamiento excepcional- para sus gentes del mar⁸.

⁸ Este artículo forma parte del proyecto de investigación *Ediciones y estudios críticos sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán* (Referencia: HUM2004-04966/FILO), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia, que dirijo en la Universidad de Santiago de Compostela.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alonso Romero, F. (2005): “Naufragios en la Costa de la Muerte”, en su libro *Historia, leyendas y creencias de Finisterre*, Betanzos: Briga Edicións, pp. 37-65.

Axeitos Valiño, R. y N. Cosme Abollo (2004): *Os manuscritos e imaxe de Emilia Pardo Bazán: Catálogo do Arquivo da familia Pardo Bazán*, A Coruña: Real Academia Galega.

Faus, P. (2003): *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.

González Herrán, J. M. (1999): “Un inédito de Emilia Pardo Bazán: *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra (1873)*”, en S. García Castañeda (ed.), *Actas del Simposio Internacional de Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid: Castalia, pp. 177-187.

_____ (2002): “‘Artículos’ / ‘cuentos’ en la literatura periodística de *Clarín* y Pardo Bazán”, en L. F. Díaz Larios, J. Gracia, J. M. Martínez Cachero, E. Rubio Cremades, V. Trueba Mira (eds.), *La elaboración del canon en la Literatura española del siglo XIX*, Barcelona: Universitat de Barcelona-PPU, pp. 209-227.

_____ (2004): “*Misterio* (1902), de Emilia Pardo Bazán: entre la novela histórica y el folletín”, *Ínsula*, nº 693 (septiembre), pp. 20-22.

_____ (2006): “La recuperación de los cuentos dispersos de Emilia Pardo Bazán, desde 1970”, en J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela (eds.), *Actas del II Simposio “Emilia Pardo Bazán: Los cuentos”*, A Coruña: Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, pp. 261-270.

González López, E. (1944): *Emilia Pardo Bazán, novelista de Galicia*, New York: Hispanic Institute.

Gutiérrez Sebastián, R. (2005): “La fuerza de las *furias*: la mujer del pueblo en Pereda y Pardo Bazán”, *La Tribuna*, 3, pp. 173-183.

Pereda, J. M. (1996): *Sotileza* [1885], en *Obras Completas*, VI, (ed. de A. H. Clarke), Santander: Ediciones Tantín.

Textos de Emilia Pardo Bazán citados

Aficiones peligrosas, en *El Progreso*, de Pontevedra, nums. 79, 80, 83 y 84; 25 de agosto a 5 de octubre de 1866.

“Fuego a bordo” [1885], en *Obras Completas*, (ed. de D. Villanueva y J. M. González Herrán), vol. VII: *La Dama joven. Cuentos escogidos. Cuentos de Marineda*, Madrid: Biblioteca Castro, 2004, pp. 139-153.

“Marineda” [1888], en *De mi tierra*, Vigo: Edicións Xerais de Galicia, 1984.

La piedra angular [1891], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. III: *Una cristiana-La prueba. La piedra angular. Doña Milagros. Memorias de un solterón*, 1999, pp. 407-569.

“Las tapias del Campo Santo” [1891], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. VII: *La Dama joven. Cuentos escogidos. Cuentos de Marineda*, 2004, pp. 361-370.

“La Camarona” [1896], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. IX: *Un destripador de antaño (Historias y cuentos de Galicia). En tranvía (Cuentos dramáticos). Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la patria. Cuentos antiguos. Lecciones de literatura*, 2005, pp. 85-88.

“De polisón” [1896], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. IX: *Un destripador de antaño (Historias y cuentos de Galicia). En tranvía (Cuentos dramáticos). Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la patria. Cuentos antiguos. Lecciones de literatura*, 2005, pp. 143-146.

“Jesús en la tierra” [1896], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. IX: *Un destripador de antaño (Historias y cuentos de Galicia). En tranvía (Cuentos dramáticos). Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la patria. Cuentos antiguos. Lecciones de literatura*, 2005, pp. 453-460.

“Tiempo de ánimas” [1898], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. VIII: *Cuentos nuevos. Arco iris. Cuentos de amor. Cuentos sacro-profanos*, 2005, 779-784

“El vino del mar” [1900], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. IX: *Un destripador de antaño (Historias y cuentos de Galicia). En tranvía (Cuentos dramáticos). Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la patria. Cuentos antiguos. Lecciones de literatura*, 2005, pp. 241-244.

“El pañuelo” [1901], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. IX: *Un destripador de antaño (Historias y cuentos de Galicia). En tranvía (Cuentos dramáticos). Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la patria. Cuentos antiguos. Lecciones de literatura*, 2005, pp. 689-691.

Misterio [1902], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. IV: *El Tesoro de Gastón. El saludo de las brujas. El Niño de Guzmán. Misterio*, 1999, pp. 415-777.

“Leliña” [1903], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. X: *El fondo del alma. Sud-exprés (Cuentos actuales). Cuentos trágicos. Cuentos de la tierra*, 2005, pp. 19-23.

“La guiija” [1903], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. IX: *Un destripador de antaño (Historias y cuentos de Galicia). En tranvía (Cuentos dramáticos). Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la patria. Cuentos antiguos. Lecciones de literatura*, 2005, pp. 689-691.

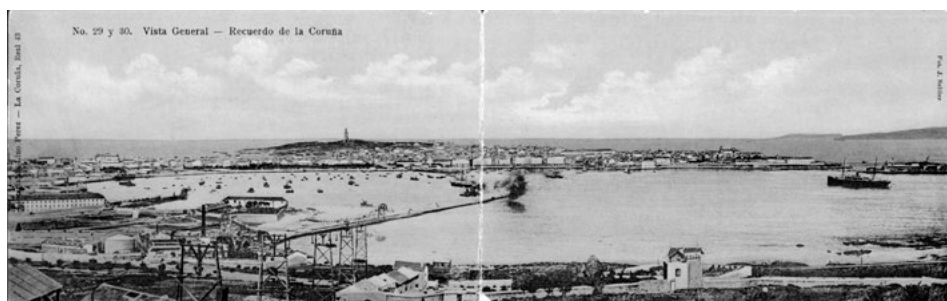
La sirena negra [1908], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. V: *La Quimera*. *La sirena negra*. *Dulce dueño*, 1999, pp. 401-542.

“La ganadera” [1908], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. X: *El fondo del alma*. *Sud-exprés (Cuentos actuales)*. *Cuentos trágicos*. *Cuentos de la tierra*, 2005, pp. 735-738.

“Episodio” [1917], en *Obras Completas*, ed. cit., vol. X: *El fondo del alma*. *Sud-exprés (Cuentos actuales)*. *Cuentos trágicos*. *Cuentos de la tierra*, 2005, pp. 657-661

La serpe [1920], en *Obras completas*, ed. cit., vol. VI: *Novelas ejemplares*: *Los tres arcos de Cirilo*. *Un drama*. *Mujer*. *Novelas cortas*: *El áncora*. *Cada uno...* *Allende la verdad*. *Belcebú*. *Finafrol*. *La gota de sangre*. *Arrastrado*. *En las cavernas*. *La muerte del poeta*. *La aventura de Isidro*. *La última fada*. *Clavileño*. *Dioses*. *La Pepona*. *La Serpe*. *Rodando*, 2002, pp. 857-907.

Poesías inéditas u olvidadas (edición de M. Hemingway), Exeter: University of Exeter Press, 1996.



Vista xeral da Coruña. Arquivo Histórico Municipal da Coruña.